



...MÍRENLOS CÓMO GOZAN!!*

Mauricio Tarrab

La actualidad

«Mejor que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época. Pues como podría hacer de su ser el eje de tantas vidas aquel que no supiese nada de la dialéctica que lo lanza con esas vidas en un movimiento simbólico»

Jacques Lacan (1)

La pregnancia actual de la toxicomanía y el alcoholismo como fenómenos sociales, exige que al ocuparnos de este tema desde el punto de vista de la clínica psicoanalítica, realicemos algunas precisiones previas; ya que no podemos suponer asegurado, que se mantenga suficientemente diferenciados el campo de la clínica y el de los fenómenos sociales.

* J. Lacan Sem. XVIII Paidós 1993
Este trabajo corresponde a la clase del 5-05-92 del Seminario «Toxicomanía, Alcoholismo y estructuras Clínicas»

Se trata de un esfuerzo conceptual que se debe realizar para no caer en las celadas que cierta confusión generalizada induce acerca de estas prácticas, confusión que lleva a tomar categorías sociales por categorías clínicas.

Sólo despejando las generalizaciones, podremos ubicar, si la hay, esa particularidad que la clínica psicoanalítica pone como condición de su práctica. Una práctica que debe conservar la pretensión de tomar cada caso como único.

Se tratará de despejar algunos de los problemas con los que nos encontramos para poder situar el campo de acción de una clínica que si se quiere freudiana deberá ser una clínica del caso por caso. Es decir que al tratar las cuestiones problemáticas alrededor de la Toxicomanía debemos comenzar por distanciarnos de la perspectiva con que el discurso social las aborda. Es cierto que se trata de una temática en la que efectivamente se ubica una de las formas de la actualidad del Malestar de la cultura; pero para nosotros, desde el Psicoanálisis, se trata además de una actualidad que no es la de las drogas, de su consumo o de su abuso, sino de la actualidad del Malestar en la cultura. Y también de la actualidad de la posición de la subjetividad de una época, que es la nuestra.

Lo que podemos situar de entrada en la experiencia de las Toxicomanías, es una praxis. Una praxis que a los ojos del Otro cultural aparece con diferentes semblantes en diferentes momentos históricos. Es diferente la práctica limitada de principios de siglo, que aquella reivindicativa de una posición contra-cultural de los años 70 o de las perspectiva de no hay futuro de los consumidores de los 80. O aún de la del yuppies de hoy, donde la encontramos ligada a una exacerbación de la productividad y del éxito social.

Del investigador, explorador de la mente (donde podríamos ubicar desde Baudelaire a Huxley) al niño inhalador de pegamentos se trata de una serie difícil de ubicar bajo las mismas denominaciones. Así como es difícil de ubicar bajo la misma denominación a Maradona y a alguien que se inyecta 20 dosis de demerol por día, o a quien no se inyecta ninguna sustancia pero se pica por el valor de la marca sobre su cuerpo.

Prácticas que es para nosotros difícil darles un mismo estatuto, pero que suponen para el discurso social piedras de un mismo collar unidas por un hilo tóxico.

Figuras que desde lo exótico a lo siniestro muestran que algo esencialmente excluido, algo que debería quedar fuera-de-campo se revela en el seno mismo de la estructura social o para decirlo con una referencia a la Grecia antigua, dentro mismo de la Polis.

Lo extranjero del goce se presenta en las figuras de la Toxicomanía. Es más, podemos ya decir cual es la suposición misma que se hace de la práctica toxicomaníaca: ALLI SE GOZA.

Aunque no se sepa bien que se quiere decir con esto y se suponga tanto su vertiente hedonista como su vertiente mortífera.

Si lo extranjero del goce se presenta en las nuevas figuras de los llamados toxicómanos digamos parafraseando a J. Lacan que juegan hoy la función de los Iotas del régimen.

«el régimen los exhibe... dice: MIRENLOS COMO GOZAN»(2)

Lacan increpa con esta frase a los estudiantes que lo hostilizan en la Universidad para mostrarles el lugar estructural que venían a ocupar en aquel particular momento.

Los Iotas eran la población servir, esclavizada de Esparta, representación paradigmática en Grecia de lo extranjero, que no pertenecían a un Amo privado como en Atenas sino al estado de Esparta, caracterizados en particular por sus frecuentes revueltas pero en especial por ser una categoría social entre la libertad y la esclavitud. Lugar de concentración del goce que producían también su cuota de malestar ya que ponían al desnudo un dato de estructura que creo que es lo que sostiene la frase que Lacan lanza a los estudiantes de París, y que justifica la homología que quiero presentar con la posición de los llamados toxicómanos y su relación con la actualidad.

Podemos extraer aun un dato más del MIRENLOS COMO GOZAN!! ya que es un imperativo que supone también la curiosidad del Otro. La obsena curiosidad del Otro, y la voluntad de hacer de eso un espectáculo.

En fin, digo que esta cuestión de las Toxicomanías y su actualidad, solo pone al desnudo un aspecto del tratamiento que hace del goce el

Amo moderno. La referencia a los Ilotas se justifica además por la resonancia imaginaria que tiene para las toxicomanías el tema de la esclavitud; de alguien supuestamente esclavizado por su relación a una sustancia.

Algunas de las formas que ha tenido el discurso social de ocuparse de esta cuestión, demuestran que se ha operado un pasaje muy definido de un tratamiento Jurídico a un tratamiento Médico del tema. A título de ejemplo, dos fechas son demostrativas: 1909, en los EE.UU. la llamada «exclusión del Opio» es la primera forma de promover por parte del estado una ley de prohibición del consumo, la circulación y comercialización de estupefacientes.

1924, la Corte Suprema de los EE.UU. insinúa la impotencia de la Ley apelando a un tratamiento médico-sanitario. Podríamos escribirlo así:

$$\frac{S_1}{\text{goce}} \rightarrow \frac{S_2}{\text{goce}}$$

Señalando un pasaje de la Ley al Saber.

Un pasaje análogo se dio en nuestro medio recién entre mediados de los años setenta y principio de los ochenta. De las cárceles a las clínicas. Es importante sin embargo no tomar este pasaje con demasiado optimismo; como si una supuesta permisividad del Amo tuviera correlativos efectos benéficos; y recordar que Freud, justamente en el Malestar en la Cultura nos advierte que una mayor permisividad da lugar a un superyó aún más feroz. Poco ha cambiado.

Vale aquí citar la lucidez de Jean Cocteau quien; en un pequeño libro que se llama OPIO (3) y que contiene su testimonio deslumbrante del padecimiento de una desintoxicación; plantea su ironía de manera brillante:

«Es una lástima que en lugar de perfeccionar la desintoxicación la medicina no trate de volver el opio inofensivo». Para continuar diciendo... «No esperéis de mí que me traicione, naturalmente el opio sigue siendo único y su euforia superior a la salud. Yo le debo mis horas perfectas»

Tenemos aquí el centro de la cuestión: una euforia superior a la salud, pero no inofensiva. ¿Más allá de la salud, qué encontramos en ese campo? No surpiman ese goce, clama Cocteau al saber médico... háganlo no mortífero. Y a la hora de definirse no vacila. El Opio le ha dado sus «horas perfectas». ¿por qué entonces no hacer que sea inofensivo? ¿por qué soportar sus efectos devastadores? ¿por qué no eliminar, por fin, ese retorno insoportable que prueba que hay algo que es realmente ineliminable? Su ironía, sin embargo, no deja de mostrar que aún ese goce perfecto de la sustancia tiene una falla; algo que queda como resaca, como saldo: su propia desesperación, su tormento de desintoxicado.

Y muestra también su ilusión, aunque provocativa, dirigida al saber médico para que produzca un tóxico que no sea tóxico!!

Y es ilusión, podemos decir nosotros, después que J. Lacan enseñara que «no hay otro goce que el de morir»(4) o para decirlo de otro modo, más cerca de nuestro tema: el Goce es tóxico.

Por otra parte, su apelación bien podría escribirse como J. Lacan escribe el Discurso del capitalismo:

$$\frac{\$}{S_1} \rightarrow \frac{S_2}{a}$$

que puede leerse: un sujeto en su falta de goce estructural, demanda al saber científico la producción de un objeto perfecto capaz de un goce, que sin consecuencias venga a cerrar su castración, su división, su miseria... capaz de producir ese goce que falta y «cuya falta haría vano el Universo»(5)

Es este un modo de situar el tema de la Toxicomanía, en la actualidad de un mundo capaz de hacer uniformes los modos de gozar y donde las drogas han dejado de ser el reducto de una experiencia inefable o de una comunión simbólica para ser cada vez más el paradigma de los objetos producidos por el progreso científico. Objetos capaces de captar goce y de poner a disposición del consumidor un goce para todos:

Esta problemática se sitúa entonces, en ese borde donde hay algo que no puede ser tramitado del todo por el saber ni suprimido del todo por la ley. Sin duda muestra aspectos que agujerean al Otro, que son señales de la castración del Otro e índices de que todo el goce no es del Amo. Esto retoma la referencia (6) acerca de Diógenes y el Amo Antiguo, para situar esta temática en un eje entre lo general y lo particular, en la tensión entre el goce del Uno y el poder del Otro. Por otra parte abre la interrogación correlativa de qué ética se sostiene más allá de la regulación del Otro, aún más allá de la salud. Aún más allá de la Salud Pública.

Sabemos por Freud, que no está en el plan de la cultura el tomar en cuenta la dimensión de lo imposible. Y diremos que es esa categoría de lo imposible mismo lo que se presenta aquí bajo la forma del malestar. Aquello que no se puede suprimir, aquello que no se puede eliminar.

Homologías

Existen singulares homologías entre la posición del Otro social, en relación a la cuestión de las toxicomanías y la posición misma de los llamados toxicómanos en relación a su práctica. De ambos lados podríamos decir que se trata de producir una supresión del malestar. Una supresión por así decirlo definitiva. Pretensión ésta que lleva a producir un verdadero impasse sobre el sujeto.

Un impasse que se podría pensar estructuralmente como un contragolpe que muestra la necesidad del Amo de alejar los signos de su propia castración. Un impasse que se muestra en el terreno de las terapéuticas de forma más o menos elaboradas, más o menos formalizadas, más o menos canallas y que va desde considerar que lo que está en juego son modificaciones de la bioquímica del cerebro; a consideraciones de determinaciones cromosómicas. O que en el mejor de los casos pone la cuestión en la cuenta de las relaciones familiares, de la pérdida de los valores, etc., pero que termina por ubicar la cuestión desde la óptica de la eficacia devastadora de la sustancia. Las

drogas al fin, ese «demonio» hecho polvo, humo o cápsulas. La toxicomanía en suma ese flagelo con forma de epidemia finisecular.

Bien, pero si decimos que el Otro produce un impasse sobre el sujeto, hay quienes le dan razones; ya que la práctica con drogas consiste en un impasse sobre la palabra, en una experiencia en cortocircuito con el lenguaje, y aún podemos decir, para precisar, una experiencia de goce que aplasta la dimensión subjetiva. Es esto lo que la clínica nos muestra como presentación. Y que aplasta la dimensión subjetiva de tal modo, la vela de tal modo, que constituye para nosotros la dificultad esencial para la articulación de estos pacientes al dispositivo analítico. Es decir que nos encontramos del lado de la práctica de los llamados toxicómanos con un intento homólogo de suprimir el malestar a toda costa, aún a costa del sujeto mismo.]

Un recurso que ubicamos a contrapelo del Bien-decir, del deber de reconocerse en la estructura y por tanto como una forma de rechazo del Inconciente, y que se presenta en sus extremos como una abolición de la posición subjetiva. Esto explica, además por qué preferimos conservar una denominación como Toxicomanía, que incluye a la Manía; ese retorno mortal (7); junto al tóxico, con preferencia a otras como «adicción», más generales e inespecíficas.

Pero tenemos aún una segunda homología entre el discurso social y los llamados toxicómanos. Esta consiste en situar con claridad la cuestión de la causa. Se la sitúa sin vacilar en la droga. La droga es la causa.

DROGA → \$

En esta formalización coinciden desde el toxicólogo al legislador pero también aquellos sujetos que vienen a desembarazarse de la droga. Es esta, indudablemente una manera muy precisa de situar la cuestión de la causa. Y muy ventajosa por cierto. Se trata aquí de una causa que no está perdida, que no es desconocida y que no hace las veces de la X del sujeto, sino que está petrificada a la droga. Y esta petrificación, a veces inmovible en el comienzo es la que debería

ser cuestionada. Con independencia de esperar que caiga la relación al consumo es importante que aparezca un definido desplazamiento del lugar de la causa. Querríamos más bien obtener algo así:

$$X \rightarrow \$ \leftarrow \text{DROGA}$$

Ilustremos esto con el discurso de una paciente, consumidora voraz de cocaína. Decía que estaba pegada a una sensación, que eso era más fuerte que ella. Al interrogar acerca de lo que ella llama esa sensación contesta: «es algo que me antecede, algo hacia el mal, una maldición, algo profético que me acompaña desde siempre». Entonces vemos aquí algo más que el apego al efecto de una sustancia que es más fuerte que ella, vemos más bien a un sujeto determinado por algo que lo antecede, a lo que llama «esa sensación» que solo es conjurada cuando la droga opera como respuesta.

Se tratará entonces de producir esa X; que en este caso cuando se separa de la sustancialidad de la droga aparece como velada y profética empujándola a lo peor.

Pero para concebir la producción de esta operación, debemos partir de una suposición. Y esa suposición es que hay un sujeto. Un sujeto implicado detrás del aplastamiento por el goce. Se trata de desplazar la suposición ALLI SE GOZA no para desmentirla, pero sí para agregar la dimensión donde se puede revelar el sujeto ya no del goce sino el sujeto de la palabra.

Bien, es lo que hacemos con los pacientes. No les medimos el alcohol en sangre, no los desintoxicamos, no les ponemos electrodos. Los hacemos hablar. Y los hacemos hablar porque suponemos un sujeto. Esta suposición es una suposición decisiva, pero no es sino una suposición. A veces responde un sujeto.

Hacer un impasse sobre el sujeto adquiere también otro sesgo en el tratamiento dado por el Otro social. Un sesgo que segrega consecuencias tan alarmantes como las que hemos señalado hasta ahora. Al pasaje del tratamiento por la Ley al tratamiento por el Saber, se ha agregado una nueva peste. Ahora, al ser los llamados toxicómanos fuente de

preocupación social, se quiere su Bien. Querer el Bien del otro, del semejante; sabemos por Freud su origen pulsional, sabemos por Lacan su destino: obtendremos su mal. Y podríamos además utilizar esto a título de advertencia para cuidarnos en nuestra intervención al menos de dos espejismos: el primero aquel que atañe a quien espera del Psicoanálisis una respuesta que pudiera emparentarse con lo que J. Lacan llama «vías del ejercicio de la bondad».

El segundo el que atañe al psicoanalista si espera regular algo de la condición humana con su acto.

La sustancia

Los llamados toxicómanos ponen en primer plano, exhiben, la cuestión de la sustancia. Podríamos decir que hay demasiada sustancia y con esto situar la posición en la que llegan a la consulta, los que llegan a la consulta. No se trata de la presentación de un sujeto dividido por su síntoma, un sujeto sobre el que han caído las consecuencias de su falta en ser. Se presentan a lo sumo dando el testimonio reivindicado de una práctica que otorga una sustancia. Se dirá exceso de drogas, preferimos considerar que se trata de un exceso de sustancia... de la sustancia del goce. He aquí un problema: tanta sustancia no permite ubicar lo insustancial de la estructura; la falta de sustancia, la falta de ser del sujeto. Y es un problema porque sabemos decisivo para la clínica psicoanalítica que se trate de un sujeto, de un sujeto que responda. Única chance de alcanzar algo de la estructura en juego, de poder acceder al registro significativo donde se articule algo de ese goce, del que nada sabremos si no se lo cuenta, si alguien no cuenta sobre él, si no entra en la contabilidad del Inconciente.

Tenemos un trayecto entonces que va desde el exceso de sustancia a la carencia de sustancia del sujeto; del tóxico a la estructura.

Un proceso curioso de desintoxicación que supone una pérdida sustancial. No se puede decir entonces que haya una estructura de la Toxicomanía, hay sustancia y estructura.

En todo caso se tratará de articular la relación de ese sujeto tanto con

el goce incontable que se supone incluido en la experiencia del tóxico, como su relación con el Otro del significante.

En el relato de un momento de su cura, un sujeto que intenta sostener una precaria abstinencia, se sorprende de no extrañar aquello que «sentía» con la cocaína. No es eso lo que añora. Añora en su evocación el momento secreto, clandestino, inefable que precede a la toma. Un momento secreto, a solas que no deja de enlazar al enunciarlo a un recuerdo que siempre le ha pesado y le ha dejado una marca. Un recuerdo nebuloso de irrealidad y de sueño en el que sorprende en una habitación mal iluminada y escondida, la desnudez de su Padre entregado a un goce solitario.

Articular la cuestión del goce pero igualmente buscar las relaciones significantes implicadas es más que una indicación general. Es una indicación que decide la dirección de la cura.

No tomar en cuenta estas determinaciones saltea sin duda una dimensión esencial ya que impide la chance de capturar lo que del goce tiene una determinación simbólica. Y por otra parte, porque son las determinaciones significantes las que ubican tanto el lugar que la droga ha venido a ocupar para un sujeto, como su función en la dialéctica entre el sujeto y el Otro.

Podríamos proponer que el encuentro con la droga, la iniciación, su momento inaugural, así como sus consecuencias responden siempre, más allá de la sustancia a una implicación, a un condicionamiento que al sujeto le viene del Otro.

Por otra parte debemos destacar, como lo hemos hecho en un trabajo anterior (8) una función significativa de la droga. Una función que en lugar de ser exclusivamente un «modo de goce», implica una barrera, un obstáculo, un «remedio» contra el goce. Una función «significante», un artificio que es una verdadera producción del sujeto y que evoca lo que J. Lacan llama en el Seminario R.S.I. la «función radical del Nombre del Padre»; esa función radical que consiste en «dar nombre a las cosas, en particular hasta el gozar.» (9)

Con este valor significativo, esta función de la droga no solo nombra al sujeto, sino que como el Padre nombra el goce, dosifica el goce; aún lo saca del cuerpo.

¿Barrera contra el goce o modo de goce? ¿Función significativa o forma de ruptura con el goce fálico? En cualquier caso un artificio eficaz que debemos abordar no del lado de la droga sino del lado del sujeto. Del lado de cómo un sujeto enfrente, no ya la eficacia tóxica de la droga, sino como con la eficacia de la droga hace frente a lo imposible de curar: la castración del Otro, la propia carencia de ser del sujeto.

Es frente a este punto, cuya escritura es:

S (A)

y no frente a las consideraciones sociales, frente al que se sitúa la respuesta que el acto analítico puede presentar. Este punto que testimonia que algo no puede ser dicho, indica también el lugar estructural de una pérdida de goce. Todo no puede ser dicho y, hay también un goce que falta.

La droga como respuesta, se sitúa ahí, promoviendo con ese remedo del goce que falta, una consistencia. Por esta vía se cierra la dimensión enigmática del deseo del Otro y toda pregunta dirigida al saber, pero se obtiene a cambio una ganancia contra la incertidumbre.

La droga, no la toxicomanía, la droga, que no es estructura clínica, y que ya a esta altura tampoco es sólo una sustancia, se ubica como una respuesta a esa inexistencia que designamos como: no hay relación sexual, no hay goce sexual.

Como solución, como un atajo que se saltea al significante, poniendo allí un goce peculiar, un goce autístico, clínico (10), o tóxico, viene al lugar de esa inexistencia.

En este nivel de la particularidad, solo podríamos aceptar una generalización, que se deduce de la clínica misma y es el considerar esta cuestión como formas más o menos extremas de la «pasión de la ignorancia», del rechazo del Inconsciente, del rechazo del deber de reconocerse como sujeto de la castración. Patologías de la ética, para retomar la categoría propuesta por J. A. Miller (11).

Al nivel del sujeto, lo que encontramos, sea bajo la forma de una

búsqueda de placer a toda costa, sea bajo la forma de haber encontrado una manera de suprimir las consecuencias de la carencia de ser, de la división subjetiva; sea utilizando la coartada tóxica para evitar confrontarse a la castración del Otro, de confrontarse al problema sexual (12); sea como modo de responder a una vacilación del fantasma; u obtener una fórmula estabilizadora bajo la nominación del Otro.(13)

Estatutos de la droga en las diferentes estructuras clínicas; y que en cada caso supone la supresión en mayor o menor medida de la dimensión subjetiva.

El «matrimonio feliz»(14) como llamaba Freud a la relación entre el bebedor y la bebida, promete resolver la indeterminación, la incertidumbre, la contingencia del objeto.

«Una mirada, la de Beatriz, o sea ese menos que nada»(15) donde se perfila su goce pero también el Otro y las complicaciones del deseo ha sido reemplazado por un polvo blanco que retoma el camino de un goce autoerótico.

La droga tiene su éxito y cuando satisface, como dice C. Soler de la Normalidad, es incurable. Pero también fracasa y de su fracaso están hechos los testimonios de los sujetos que consultan y de aquellos que pueden aceptar el esfuerzo de subjetivación que el psicoanálisis propone. Es el fracaso de la droga y no su éxito, lo que precipita al sujeto en el goce mortífero... configurando una de «esas figuras de la muerte... que no es efecto de la perversión del instinto, sino esa afirmación desesperada de la vida que es la forma más pura en que reconocemos la pulsión de muerte. El Sujeto dice NO! a ese juego de la sortija de la intersubjetividad donde el deseo solo se hace reconocer para perderse en un querer que es querer del otro. Pacientemente sustrae su vida precaria a las aborregantes agragaciones del Eros para afirmarlo finalmente en una maldición sin palabras»(16)

Para terminar diré que si tomamos las cosas del lado del sujeto, del lado de la relación del sujeto con la droga, podemos decir que la droga opera como coartada tóxica, como lo hace la ignorancia para Edipo, a quien la ignorancia le permite, como lo dice Lacan, navegar «sur la mer

de son bonheur»(17): sobre el mar de su felicidad, que es la mère, la madre, pero al fin no es sino la merde, la mierda de su goce. La peste que sobreviene cuando la ignorancia cesa o cuando la droga fracasa.

conste fracaso de la droga

1. Jacques Lacan. *Función y Campo de la Palabra y el Lenguaje en psicoanálisis. Escritos I. Siglo XXI.*
2. Jacques Lacan. *Seminario El Reverso del Psicoanálisis. p. 223. Paidós 1992.*
3. Jean Cocteau. *Opio. Diario de una desintoxicación. Bruguera 1981.*
4. Jacques Lacan. *Seminario El saber del Psicoanálisis. Inédito.*
5. Jacques Lacan. *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. Escritos 2. p. 800. Siglo XXI. 1975.*
6. E. Sinatra. *Variantes del argumento ontológico en la modernidad. (En este volumen).*
7. Jacques Lacan. *Televisión. pág. 107. Ed. Anagrama. Barcelona*
8. M. Tarrab. *La droga un remedio contra el goce. Malentendido 6 1989.*
9. Jacques Lacan. *Seminario R.S.I. Inédito.*
10. J. A. Miller. *Para una investigación sobre el goce autoerótico. (En este volumen).*
11. J. A. Miller. *Patologías de la Ética. En Lógicas de la vida amorosa. Manantial, 1991.*
12. J. A. Miller. *Idem (10).*
13. D. Sillitti. *Los llamados adictos: la eficacia del Nombre. (En este volumen).*
14. Sigmund Freud. *Sobre una degradación general de la vida erótica. Obras Completas II.*
15. Jacques Lacan. *Op. cit. (7) pág. 108.*
16. Jacques Lacan. *Op. cit. (1) pág.*
17. Jacques Lacan. *Seminario La lógica del Fantasma. Inédito.*

LA EFICACIA DEL NOMBRE: LOS LLAMADOS ADICTOS*

Daniel Sillitti

1. Nombrar

Son bien conocidos por todos los conflictos que la religión ha tenido a lo largo de la historia con la ciencia. El nacimiento de la física moderna no fue ajeno a estas desavenencias. Tal fue la relación de Galileo Galilei con la Iglesia a partir de su adhesión a las teorías de Copérnico.

Ese mismo debate, aunque matizado, continúa hoy. Tanto en el plano de la Ética, con la confrontación que los descubrimientos en el campo de la genética produce entre ambos, como en el plano de la Doctrina: hace pocas semanas ciertos elementos observados en el espacio parecen verificar la teoría de la gran explosión (Big-Bang) como punto de inicio del universo actual: finito y en expansión.

En 1981 la Iglesia (en un intento de reparación de los errores cometidos con Galileo) solicitó asesoramiento en materia de cosmología a un grupo de científicos. Al finalizar el seminario, en reunión privada con el Papa, éste les pidió en forma expresa no estudiar el Big-

* Clase dictada en el curso del seminario «Toxicomanía, alcoholismo y estructuras clínicas» en la E.O.L. el 19/5/92.